

# I. LA GLOBALIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA: DE LA CRISIS DEL NEOLIBERALISMO A LA CRISIS DEL NEODESARROLLISMO

AMÉRICA LATINA atraviesa un proceso de profunda transformación desde fines del siglo xx, aunque es preciso diferenciar los niveles de desarrollo humano, las situaciones puntuales de crecimiento y considerar las grandes diferencias internas vinculadas a las especificidades de cada país, tanto en términos de sus estructuras sociales, sus culturas e instituciones, como en términos de sus relaciones con el sistema global. Dicha transformación es el resultado de dos modelos socioeconómicos contrapuestos, de su ascenso y de sus crisis. Entendemos por neoliberalismo aquel modelo de crecimiento y distribución basado, esencialmente, en la dinámica del mercado, apoyado por el Estado. En cambio, en el neodesarrollismo es el Estado el motor del crecimiento económico y del reparto del producto, interviniendo activamente en los procesos del mercado y en la creación de infraestructura, aunque sin estatizar la economía.

## CAMBIOS SOCIOECONÓMICOS

En cuanto al crecimiento económico, en las dos primeras décadas del siglo XXI la región en su totalidad modernizó su estructura productiva, incrementó su competitividad en

la economía global y cambió sus tradicionales patrones de dependencia con Estados Unidos. El crecimiento anual del PIB total a precios constantes entre 2003-2008 fue en promedio 4.5%. Sin embargo, el crecimiento se redujo a 3.0% entre 2009-2011, debido al impacto de la crisis económica de 2008 en Estados Unidos y Europa, y a 2.3% entre 2012-2013. Durante el periodo 2014-2015, la tasa de crecimiento real de la región fue apenas 0.5% y en 2016 fue negativa (-1.1%). Por primera vez, América Latina, a pesar de su profunda integración en la economía global, tuvo más éxito que Estados Unidos o Europa en resistir los efectos de la crisis financiera de 2008, desacoplándose efectivamente de la evolución de la crisis en Estados Unidos y Europa.

Venezuela, obsesionada por la producción petrolera y considerada por muchos un ejemplo de mala gestión económica, creció a una tasa promedio de 7.5% en el periodo 2003-2008. Después, durante los años 2009-2011, tuvo una tasa negativa (-0.2%) y se recuperó en los años 2012-2013 (+3.5%). En 2014, último año para el que se tiene información, el PIB cayó 3.9% en términos reales. Argentina, por su parte, creció a un ritmo promedio de 8% en 2003-2008 y a 3.4% en 2009-2011, mientras que en el periodo 2012-2013 el crecimiento fue apenas de 0.7% y entre los años 2014-2015, 0.1%. No obstante, la economía del país cayó 1.8% en 2016 (CEPALSTAT, 2018).

En Brasil, al igual que en Argentina y Venezuela, el periodo 2003-2008 fue el de mayor crecimiento real (4.2% en promedio), seguido de los años 2009-2011 (+3.8%), antes de ralentizar su ritmo al 2.5% en 2012-2013 y luego caer 1.5 y 3.5% en 2014-2015 y 2016, respectivamente. México creció en promedio 2.6% entre 2003-2008, antes de reducir su tasa de crecimiento real a 1.2% durante 2009-2011 y de recuperarse

CUADRO 1.1. *Tasa de variación interanual real del PIB, 2003-2016*  
(en porcentajes y orden descendente según promedio 2003-2008)

<i>País</i>	<i>Promedio 2003-2008</i>	<i>Promedio 2009-2011</i>	<i>Promedio 2014-2015</i>	<i>2016</i>
Argentina	8.0%	3.4%	0.1%	-1.8%
Venezuela	7.5%	-0.2%	-3.9%	s/d
Perú	6.8%	5.3%	2.8%	4.0%
Uruguay	6.4%	5.7%	1.8%	1.7%
Costa Rica	5.4%	2.8%	3.6%	4.2%
Colombia	5.1%	4.3%	3.8%	2.0%
Ecuador	4.9%	4.0%	1.9%	-1.6%
Chile	4.7%	3.5%	2.0%	1.3%
Paraguay	4.5%	5.0%	4.0%	4.3%
América Latina	4.5%	3.0%	0.5%	-1.1%
Bolivia	4.5%	4.2%	5.2%	4.3%
Brasil	4.2%	3.8%	-1.5%	-3.5%
México	2.6%	1.2%	3.0%	2.9%

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de datos de CEPALSTAT (2018).

a 2.5% entre 2012-2013. En 2014-2015, el ritmo del PIB se aceleró a 3.0% y decreció levemente a 2.9% en 2016 (CEPALSTAT, 2018). Bolivia y Perú crecieron en torno a 6% entre 2012-2013. En síntesis, entre 2003 y 2013, América Latina vivió más de una década de crecimiento económico sostenido y de competitividad creciente.

La contención de los efectos de la crisis financiera global y el persistente crecimiento económico en el periodo 2003-2013 se debió a dos factores principalmente: en primer lugar, al papel regulador del Estado —más fuerte que en Estados Unidos y Europa—, particularmente con respecto

a los mercados financieros después de la crisis de los años noventa (efecto Tequila), la crisis del real en Brasil en 1999, y el colapso del sistema bancario en Argentina en 2001. Pareciera que la administración Cardoso y la administración Kirchner tomaron medidas regulatorias del sistema financiero más efectivas que las que tomaron Estados Unidos o Europa: se adaptaron más eficientemente a la volatilidad sistémica de los mercados financieros globales. En segundo lugar, hubo una transformación de los patrones de comercio en el mundo, el comercio Sur-Sur (tanto con Asia como dentro de América Latina) pasó a ser más significativo que la clásica dependencia de Estados Unidos y Europa.

Al mismo tiempo, si bien la democracia, problema clave en la historia de América Latina, se estabilizó a lo largo del continente en los recientes años, su legitimidad ha bajado. En 1976 había sólo tres democracias en la región. La democracia está generalizada en todas partes (siendo Cuba un caso debatible), al menos si aplicamos los estándares de la elección presidencial de 2000 en Florida, Estados Unidos, y a pesar de las 16 destituciones presidenciales, incluidos dos golpes de Estado que fueron rápidamente revertidos. Según el Latinobarómetro, el índice de apoyo a la democracia, como forma de gobierno preferible a cualquier otra, alcanzó su nivel máximo en 2010 (61%). Sin embargo, una serie de experiencias y acontecimientos vienen deteriorando la confianza en la democracia y principalmente en el sistema político que la sustenta. Así, el apoyo a la democracia ha caído a 53% en 2017. Asimismo, habrían crecido los soportes a regímenes autoritarios en condiciones de corrupción y de crimen organizado. Esto afecta principalmente a los parlamentos y a los partidos políticos, cuyas legitimidades son muy bajas (Cohen *et al.*, 2017). Hoy, las crisis del Estado

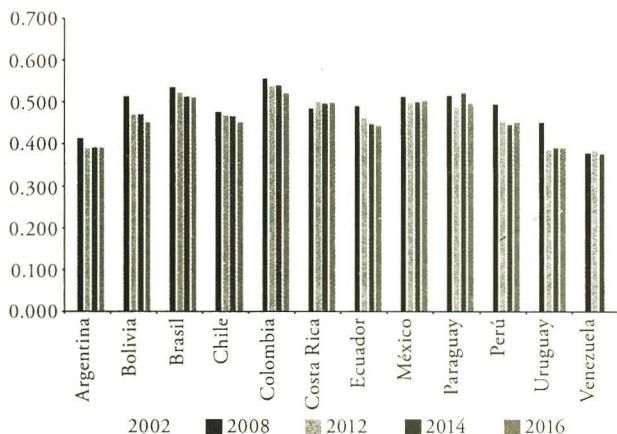
y del sistema político están en el centro de los problemas que enfrenta América Latina.

La otra enfermedad tradicional de América Latina, la pobreza, se redujo de 45.9% de la población para la región en su totalidad en 2002 a 30.7% en 2017. Por su parte, la extrema pobreza también disminuyó de 12.4 a 10.2% en el mismo periodo (CEPAL, 2018b: 88). Si a esto se agrega la mejora en los principales indicadores de salud y la casi universal escolarización en el nivel primario (a pesar de la baja calidad del sistema escolar en muchos casos), observamos una América Latina muy diferente a la de la imagen tradicional.

En cuanto a la desigualdad, el índice de Gini para 17 países de América Latina fue de 0.469 y 0.467 en 2015 y 2016, respectivamente (CEPAL, 2017: 52, y 2018b: 44). Según la misma fuente, entre 2002 y 2008 dicho índice para la región disminuyó 1.5% anual en promedio, pero entre 2014 y 2016 sólo lo hizo a 0.4% anual (CEPAL, 2018b: 44). La disminución de los niveles de desigualdad se debió a una mejora en los salarios de los sectores menos favorecidos y al aumento de transferencias monetarias de los gobiernos a esos mismos sectores, tendencia que comenzó a revertirse en los últimos años. La gráfica 1.1 muestra con claridad la evolución y la baja disminución de la desigualdad de ingresos en países seleccionados de América Latina entre 2002 y 2016.

Proponemos que estos fenómenos, particularmente la disminución de la pobreza, se han debido, en buena medida, a una mayor presencia del Estado como actor central en los procesos de desarrollo, con una orientación estratégica, gasto público en infraestructura, educación y salud, y políticas redistributivas, como el programa Bolsa Familia

GRÁFICA I.I. *Índice de desigualdad de Gini.*  
*Países seleccionados de América Latina, 2002-2016*



FUENTE: Elaboración propia sobre la base de datos de CEPAL, *Panorama Social de América Latina 2017*.

en Brasil.<sup>1</sup> En realidad, el modelo neoliberal de inserción en la globalización sin restricciones, generada por el mercado, colapsó hacia inicios del siglo XXI en la mayoría de los países tanto económica como socialmente (con el corralito en Argentina en 2001 como expresión más simbólica de este colapso). Y un nuevo modelo emergió, un modelo autoproclamado “neodesarrollista”, centrado en el Estado, pero apuntando a la competencia en el mercado global, aparentemente muy cerca del modelo de desarrollo del este asiático en el periodo 1960-1980 del “despegue”.

<sup>1</sup> Para mayor detalle, véase BID (2016).

El resultado de estos procesos fue el surgimiento de una nueva estructura ocupacional y de un nuevo patrón de estratificación social. Así, entre 2000 y 2017, para el conjunto de América Latina, la ocupación en agricultura disminuyó en 5.9%. Mientras que la minería apenas incrementó su participación en 0.2%. Esto quiere decir que el dinamismo de lo que hemos denominado “extractivismo informacional” (véase el capítulo II), aun siendo motor de exportaciones, crea poco empleo directo. Asimismo, el empleo en manufactura perdió peso (-1.8%), apenas compensado por un ligero aumento en construcción (1.0%). Los sectores que más crecieron en términos de empleo son significativos de la evolución polarizada de la nueva América Latina: por un lado, los servicios financieros aumentaron en 2.1%, mientras que, por otro lado, “otros servicios”, cajón de sastre de la informalidad, fue el sector que más creció en empleo (2.5%). Asimismo, se observa una doble evolución hacia la formalización de la economía y hacia su precarización: la proporción de asalariados aumentó en 1.7%, situándose en 60.6% de la población ocupada, aunque con una concentración de este incremento en algunos países, en particular Brasil, Perú y México. Mientras que la actividad por cuenta propia, indicador de informalidad, también incrementó su contribución al empleo, en contraste con la pérdida de peso de los empleadores, los trabajadores domésticos y los remunerados familiares, reminiscencias de la estructura ocupacional tradicional.

En cuanto a la estratificación social, representada por la distribución del ingreso y el consumo nacional, se detecta un cambio que consideramos fundamental entre 2002 y 2015, el periodo que corresponde a la expansión del neodesarrollismo. Si observamos la distribución del ingreso por

quintiles, la primera constatación, también reflejada en el índice de desigualdad de Gini, es la concentración de la mayoría de la población en el quinto quintil, el más pobre: 62.4% de la población de Brasil, 60.5% en Colombia, 54.6% en México, 57.9% en Perú, 54.1% en Venezuela, 56.8% en Costa Rica, 50.9% en Uruguay, 53.8% en Chile. Sin embargo, lo verdaderamente significativo en términos de dinámica social es que los quintiles que en la mayoría de los países aumentan su participación en el ingreso son los quintiles medios, es decir, el segundo, el cuarto y, sobre todo, el tercero, es decir, el quintil medio. Así, los datos de la evolución del porcentaje de estos quintiles en la distribución del ingreso entre 2002 y 2015, enumerándolos en el orden segundo, tercero y cuarto, revelan en Brasil el aumento en 1.8, 2.1 y 1.4%; en Perú, 2.6, 2.7 y 2.2%; en Colombia, 1.0, 1.3 y 1.6%; en Uruguay, 1.4, 1.6 y 1.2%; en Costa Rica, 1.7, 1.8 y 1.0%; en México, 0.9, 0.8 y 0.8%. E incluso Venezuela, a pesar de su crisis económica, expande sus estratos medios, aunque moderadamente: 1.0, 1.1 y 0.6%. La excepción es Nicaragua, donde aparece una distribución regresiva, con disminución de los estratos medios en -1.1, -1.0 y -1.7%. Un caso interesante es el de Chile, donde apenas varía la composición de los estratos medios de ingreso: -0.1, 0.0 y 0.3%. En síntesis, aunque persiste una mayoritaria concentración de la población en el quintil más pobre, en términos de tendencia, se refuerza la participación de los quintiles medios en la distribución del ingreso.

En fin, un potente indicador de la formalización del empleo y de la estabilidad de la estructura ocupacional es el importante incremento de la proporción de empleados que contribuyen al sistema previsional. Dicha proporción aumento entre 2000 y 2014, en 4.9% en Chile (consolidando

el empleo, aunque no se tradujese en aumento de ingresos), 4.1% en Colombia, 6.9% en Perú, 4.5% en Costa Rica, 0.8% en México y 11.0% en Uruguay. En cambio, en Venezuela hubo un retroceso de 3.8%. Es decir, que la creciente estati-zación de la economía condujo a la formación de un amplio sector de trabajadores protegidos en su empleo e inser-tados en un sistema previsional.

El conjunto de tendencias observadas apuntan al creci-miento significativo de los estratos medios tanto en la distri-bución de ingresos como en la protección social y en acti-vidades relacionadas con el sector modernizado de servicios financieros y empresariales. Tendencias que tienen efectos considerables en la dinámica social subyacente al auge y cri-sis del neodesarrollismo.

Un panorama más complejo y diferenciado se observa en el índice de desarrollo humano (IDH).

El cuadro 1.2 muestra la evolución y las diferencias de los países según su nivel de desarrollo humano. La región posee, en promedio, un IDH alto. Chile y Argentina son los únicos con un grado muy alto de desarrollo humano y sólo Paraguay y Bolivia un IDH de nivel medio. En todos los paí-ses se advierte una tendencia creciente en el valor del IDH, excepto en Venezuela, donde disminuye a partir de 2013.

Con respecto a las dimensiones que mide el IDH (educa-ción, salud e ingresos), Chile posee el mayor índice del componente ingresos del IDH (0.812 en 2015), seguido por Argentina y Uruguay (0.807 y 0.794 en 2015, respectiva-mente). En el índice del componente educación, se ubica Argentina en primer lugar (0.808 en 2015), mientras que Chile y Uruguay ocupan el segundo y tercer lugar en la re-gión. Por último, el índice del componente salud también ubica a Chile en la primera posición, seguida por Costa

CUADRO 1.2. Tendencias en el índice de desarrollo humano, 1990-2015

Rank IDH	País	Índice de desarrollo humano (IDH)								Cambio en el rank de IDH	Crecimiento promedio en el IDH			
		1990	2000	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2010-2015	1990- 2000	2000- 2010	2010- 2015	1990- 2015
		<i>Desarrollo humano muy alto</i>												
38	Chile	0.700	0.761	0.820	0.826	0.831	0.841	0.845	0.847	2	0.84%	0.75%	0.65%	0.76%
45	Argentina	0.705	0.771	0.816	0.822	0.823	0.825	0.826	0.827	-2	0.90%	0.57%	0.28%	0.64%
<i>Desarrollo humano alto</i>														
54	Uruguay	0.692	0.742	0.780	0.784	0.788	0.791	0.794	0.795	2	0.70%	0.50%	0.37%	0.55%
66	Costa Rica	0.653	0.708	0.752	0.758	0.762	0.768	0.775	0.776	3	0.82%	0.61%	0.64%	0.70%
71	Venezuela	0.634	0.672	0.756	0.767	0.770	0.771	0.769	0.767	-4	0.58%	1.18%	0.29%	0.76%
77	México	0.648	0.700	0.745	0.748	0.753	0.754	0.758	0.762	-5	0.77%	0.63%	0.44%	0.65%
79	Brasil	0.611	0.685	0.724	0.730	0.734	0.747	0.754	0.754	7	1.15%	0.55%	0.83%	0.85%
87	Perú	0.613	0.677	0.721	0.725	0.731	0.735	0.737	0.740	3	1.01%	0.63%	0.53%	0.76%
89	Ecuador	0.643	0.670	0.710	0.717	0.725	0.737	0.739	0.739	7	0.41%	0.58%	0.83%	0.56%
95	Colombia	0.592	0.653	0.700	0.707	0.712	0.720	0.724	0.727	6	0.99%	0.70%	0.76%	0.83%
<i>Desarrollo humano medio</i>														
110	Paraguay	0.580	0.624	0.675	0.679	0.679	0.688	0.692	0.693	-4	0.73%	0.79%	0.54%	0.71%
118	Bolivia	0.535	0.607	0.649	0.655	0.661	0.666	0.671	0.674	0	1.26%	0.66%	0.77%	0.92%

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de datos del *Informe sobre desarrollo humano 2016*.

Rica y Uruguay. En este componente, Argentina se ubica en quinto lugar, después de México, en 2015.

La transformación de las orientaciones de desarrollo, del neoliberalismo al neodesarrollismo, se debió en gran medida a la resistencia de amplios segmentos de la población contra las políticas excluyentes de la incorporación forzada a la economía global para beneficio de las élites antiguas y nuevas. Otro factor fundamental propiciador de una nueva política fue, en algunos países, la reivindicación de identidades culturales oprimidas, principalmente en Bolivia, Ecuador y Perú, pero también presentes en Chile, México y Colombia bajo diferentes identidades étnicas. Una combinación de movimientos sociales contra la exclusión y también de movimientos identitarios contra el racismo institucionalizado, dieron nacimiento a una nueva constelación de actores políticos, incluyendo los regímenes bolivarianos (Venezuela, Ecuador, Nicaragua), los regímenes nacionalistas indigenistas, como Bolivia, el neoperonismo (kirchnerismo) y gobiernos de orientación progresista, como los del PT en Brasil y el Frente Amplio en Uruguay. El amplio proceso de cambio social subraya estas transformaciones políticas que comprendieron la afirmación de los derechos humanos, el crecimiento de la conciencia de las mujeres y la mejora de sus condiciones, así como un mayor reconocimiento del multiculturalismo en la sociedad y en la política. Más aún, el ascenso de nuevos actores políticos opuestos al control de Estados Unidos en la región condujo a una nueva inserción geopolítica de América Latina en el mundo, se han diversificado los vínculos económicos y políticos que ahora incluyen a China, Japón, Sudáfrica y, en menor medida, a Rusia, junto con el mayor rol de los países de la Unión Europea. No obstante, la presencia de Estados Unidos sigue

siendo significativa, sobre todo en México, América Central y Colombia.

Asimismo, la nueva hegemonía del Estado se basó en instituciones políticas débiles, principalmente de parte de los partidos políticos, que se volvieron rápidamente vulnerables a la extensión de la corrupción y del patrimonialismo, en un contexto de libertades democráticas en el cual la sociedad civil pudo movilizarse y los medios y las redes sociales pudieron denunciar. A mediados de la década de 2010, esta hegemonía entró en crisis por una conjugación de factores políticos nacionales-regionales y crisis y contracciones del mercado mundial, dando lugar a una nueva inflexión histórica de la política y el desarrollo en la región. Tanto por la inconsistencia de un modelo centrado en el mercado como en el Estado. Ambas opciones de políticas de desarrollo parecen atravesar un proceso de debilitamiento, sin saberse aún qué es lo que emergerá y desde dónde se construirán nuevas opciones de políticas de desarrollo que permitan visualizar un nuevo orden para la democracia.

#### ASCENSO Y CAÍDA DEL NEOLIBERALISMO

Después de la década perdida, en términos de desarrollo socioeconómico en los años ochenta, los noventa se caracterizaron por una acelerada inserción dependiente y no sostenible de América Latina en la economía global, la liberalización de los mercados, la privatización de empresas públicas y de los recursos naturales, las alianzas estratégicas de empresas y Estados con multinacionales, particularmente en la banca, las comunicaciones y la tecnología, una menor dependencia de Estados Unidos y la modernización tecnológica, sobre

todo en el uso de tecnologías de comunicación y en la expansión de los medios digitales. Además, una corrupción ampliada, la sumisión a los intereses de las multinacionales, la carencia de un modelo informacional de desarrollo que permitiera que las economías se volvieran verdaderamente competitivas en la era de la información global, el masivo aumento de la pobreza y la desigualdad, la vulnerabilidad de las crisis financieras (la crisis Tequila en 1995, la crisis de Brasil en 1999 y el colapso argentino que condujo al corralito en 2001), marcaron los límites de la integración neoliberal en la economía global. Estaba claro que la estrategia de Fajnzylber (1990) de la “transformación productiva con equidad” era la única perspectiva que podía haber hecho de América Latina una región modernizada y competitiva en derecho propio. Pero las condiciones políticas para esa estrategia no estaban presentes en ningún país en los últimos años del siglo xx.

De acuerdo con un estudio realizado por PNUD (2004), en toda la región se advierte un incremento en las reformas económicas implementadas entre el periodo 1981-1990 y el periodo 1998-2003, al igual que una mejora en el índice de democracia electoral. No obstante, esto no se tradujo en caídas significativas de las tasas de pobreza, indigencia, desigualdad ni desempleo. La tasa de pobreza promedio de la región apenas cayó de 46.0% en 1981-1990 a 41.3% en 1998-2003. Y, por el contrario, en el Cono Sur (la subregión con el mayor índice de reformas económicas), el desempleo urbano creció más de tres puntos porcentuales entre dichos periodos. Asimismo, la pobreza y la indigencia crecieron entre los mismos periodos de 25.6 a 26.0% y de 7.1 a 8.7%, respectivamente.

Una tendencia tristemente destacable es la invariabilidad de la participación del PIB de América Latina y el Caribe en el

PIB mundial. Según datos del Banco Mundial, desde la década de 1980 se mantiene alrededor de 8%. Como contraparte, el peso relativo de China entre la década de 1980 y la segunda década del siglo XXI pasó de 2 a 11% (Banco Mundial, 2018).

Las protestas sociales y los desafíos políticos frente a la globalización neoliberal forzaron una apertura de los sistemas políticos en muchos países (Calderón, 2008). En Venezuela, ello acabó en una toma de control de las instituciones mediante elecciones, por parte de nuevos actores políticos, que dio inicio a la Revolución bolivariana después de la elección de 1998, apoyada luego por una serie de reelecciones de Chávez y los chavistas. Nicaragua, Ecuador y Bolivia eligieron gobiernos que desafiaron el consenso de Washington, vinculados con una estrategia de desarrollo autónomo nacionalista de izquierda. Costa Rica continuó con sus políticas socialdemócratas de pacifismo, modernización y Estado de bienestar tropical. Brasil, Argentina y Uruguay se posicionaron claramente contra el capitalismo financiero global, al tiempo que se integraban a la competencia global. Por otro lado, en Colombia, el estado de la guerra civil y el Estado paramilitar de Uribe bloquearon el cambio político por un tiempo, aunque este sí tuvo lugar en el plano municipal, particularmente en Medellín y Bogotá. En Perú se mantuvo el modelo neoliberal impulsado por Fujimori que estuvo acompañado por diversas coaliciones políticas. Y en México, la penetración del Estado por los carteles de los narcos creó un contexto específico de confrontación violenta dentro y entre los carteles y los aparatos del Estado que, entre 2006 y 2016, se estima que había acabado con la vida de más de 235 000 personas (*El País*, 2016),<sup>2</sup> condicionando

<sup>2</sup> Véase <<https://elpais.com/especiales/2016/guerra-narcotrafico-mexico/>>.

la situación de uno de los más importantes países de América Latina.

El modelo neoliberal chileno fue un caso especial, con una observación fundamental: hubo dos modelos de desarrollo chileno y el modelo democrático fue neoliberal en la economía, pero no en el Estado.

En su libro sobre el desarrollo chileno, Castells (2005) diferenciaba empíricamente dos modelos de desarrollo en Chile: el modelo liberal autoritario excluyente bajo la dictadura de Pinochet (1973-1989) y el modelo liberal democrático inclusivo que comenzó en 1990 bajo los gobiernos de la Concertación y que alcanzó su plenitud en la administración Lagos de 2000-2006. Los datos y el análisis presentados en su libro demuestran que el modelo democrático fue mucho más eficiente, comparando los dos periodos, en términos de crecimiento económico, en el control de la inflación, en los indicadores de desarrollo humano, en la estabilidad macroeconómica, en la productividad y en la competitividad internacional. Al mismo tiempo, se afirmaron derechos humanos y políticos y se restauró la democracia, aunque con algunas limitaciones heredadas de la dictadura. Se redujeron significativamente la pobreza y la extrema pobreza. Si bien la desigualdad en la distribución del ingreso sigue siendo elevada, en comparación con Argentina y Uruguay por ejemplo, se observa una tendencia decreciente. El coeficiente de Gini en 2016 fue de 0.453, mientras que a comienzos de la década de 1990 era superior a 0.500.

Por otro lado, las políticas de libre mercado, tanto en el nivel interno como en el internacional, estaban en el centro de la estrategia de desarrollo y la liberalización extendida se mantuvo con una fuerte estrategia orientada a la exportación. Así, las minas de cobre (“el salario de Chile”), nacionalizadas

por Allende, se mantuvieron en el sector público, pues Pinochet no revirtió la nacionalización para tener control directo sobre la principal fuente de riqueza de Chile y usar ese control para la acumulación depredadora de su fortuna personal. En general, consideramos probado que el modelo estrictamente neoliberal finalizó en Chile en 1990, pero algunos de sus rasgos económicos continuaron caracterizando el exitoso desarrollo chileno, porque las relaciones en la industria, el control democrático del Estado y un gobierno legítimo aplacaron la resistencia social, desafío político que el modelo neoliberal enfrentó en otros países. Eso es porque Chile fue capaz de mantener un crecimiento económico sostenido e incrementar la productividad y la competitividad a lo largo de los años. Sin embargo, el proceso de modernización generó un cierto malestar en la población que incluso, como demostró el *Informe de desarrollo humano* del PNUD de 1998, terminó cuestionando la dirección de la modernización. Y también tuvo efectos políticos y subjetivos en la misma política asociados con una ineficiencia y una corrupción generalizada del sistema político.

Otro caso particularmente *sui generis* fue el peruano. El modelo neoliberal fue consistente y perdura y se impone económicamente a lo largo del siglo XXI. Se basó en una política económica iniciada por Fujimori, que convivió con variadas orientaciones políticas, como las de Alan García, de origen neodesarrollista, y Humala, indigenista. Allí también bajó la pobreza, desde 55% en 2001 hasta 31% en 2010, pero se ha mantenido una desigualdad social crónica (Araníbar, Canedo y Vicente, 2013: 293). La evolución de los salarios reales pasó en dólares de 101 en 2001 a 110 en 2010, muy por debajo del promedio latinoamericano, que pasó de 101 a 158 en los mismos años (Araníbar, Canedo y Vicente,

2013: 302). Además, en un contexto de alta conflictividad social, sobre todo en las regiones del sur del Perú. Lo interesante es que, según las encuestas de opinión pública, el malestar ciudadano es generalizado tanto en términos del funcionamiento de la economía como con la democracia (Aranibar, Canedo y Vicente, 2013).

#### RESISTENCIA SOCIAL Y CAMBIO POLÍTICO COMO FUENTES DEL NEODESARROLLISMO

Las revueltas contra la exclusión social, la afirmación del multiculturalismo y de la dignidad se encuentran en las raíces de los procesos políticos que tuvieron lugar en Venezuela con Hugo Chávez, en Ecuador con Rafael Correa y en Bolivia con Evo Morales. Más aún, la elección por cuatro periodos consecutivos del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil, bajo el liderazgo carismático de Lula, cambió el equilibrio de poder en la región. Sobre la base de la estabilidad de las políticas macroeconómicas y de modernización de Fernando Henrique Cardoso (a pesar de las profundas discrepancias entre Lula y Cardoso), el PT se orientó a la estabilización de un nuevo Estado desarrollista como vanguardia del proceso. Fue el énfasis brasileño sobre la inversión en infraestructura productiva, junto con el incremento en el gasto público social y las políticas redistributivas, lo que dio nacimiento al neodesarrollismo en América Latina.

Argentina experimentó un proceso similar bajo el kirchnerismo, combinando la movilización sociopolítica desde el movimiento peronista con un papel dominante del Estado sobre las multinacionales y el control de los mercados financieros sobre la economía nacional. Uruguay acompañó

el esfuerzo bajo el liderazgo del presidente Mujica, un ex tupamaro que abrazó por completo la democracia, afirmando la dignidad y el bienestar, y que se volvió una de las figuras políticas más respetadas en el escenario internacional.

Así, América Latina creó los fundamentos políticos para una estrategia de desarrollo orientada por el Estado, basada en el extractivismo de los recursos naturales de exportación y la creación de infraestructura productiva que generara recursos para el gasto público social que podría mejorar las condiciones de vida de la población. El estatismo, productivismo y bienestar social se expandieron en un proceso de interacción sinérgica, apoyado políticamente por movimientos neopopulistas y partidos de izquierda en una versión de la izquierda política del siglo XXI. El éxito de la estrategia, sin embargo, se afirmó en gran medida sobre el peso de líderes carismáticos y en las nuevas condiciones favorables de la economía mundial. De esta forma, se instaló un sistema de dominación patrimonial corporativo que más tarde sufrió una crisis generalizada.

#### LOS LÍDERES CARISMÁTICOS, ESTADO Y SOCIEDAD

La idea del retorno del pueblo como sujeto histórico que se identifica con la nación y con el Estado fue la referencia fundamental para construir estrategias neodesarrollistas pertinentes para la nueva situación global y regional. El Estado y el líder carismático se funden en el imaginario popular como una referencia fundamental para aplicar políticas tanto de integración social como de desarrollo, y desde allí enfrentar los conflictos y los intereses de los poderes transnacionales o de las élites conservadoras nacionales; pero también

se practicó una amplia política realista de negociaciones y acuerdos con transnacionales y Estados neoliberales, sobre todo de los países desarrollados y China.

Como afirmaron Cardoso y Faletto, para ponderar el papel de los líderes en la política: “Sabemos que el curso concreto de la historia, aunque sea señalado por condiciones dadas, depende en gran parte de la osadía de quienes se proponen actuar en función de fines históricamente viables” (Cardoso y Faletto, 1969: 166). Los liderazgos carismáticos del neodesarrollismo, más que de ningún otro tipo de líder, se asientan en las características psicosociales y culturales propias y particulares de las diversas sociedades latinoamericanas. Su osadía nace de su propia mística política, pero no es ajena a las opciones y problemas que atravesaron los diferentes países.

Alrededor del año 2000 se inicia un momento de inflexión histórica, tanto en términos de la democracia como del desarrollo. Es un momento de recomposición del escenario político y descomposición de las orientaciones neoliberales y de generalización de orientaciones neodesarrollistas con rasgos populistas en toda la región. Dicha inflexión culminó en gobiernos de esa orientación, con rasgos, desafíos y problemas nacionales diversos y de intensidad diferente en más de 15 países de la región del Caribe y América Latina.

En el centro de estas mutaciones sobresalieron líderes carismáticos que organizaron los procesos de cambio y cuyo comportamiento o ausencia determinaron las crisis que tales experiencias vivieron o aún están viviendo. El caso chileno, como se mencionó, fue excepcional, pues combinó la aplicación de un modelo neoliberal relativamente heterodoxo con reformas políticas organizadas por la Concertación. Sin em-

bargo, los partidos de la Concertación misma experimentaron prácticas clientelares cotidianamente.

La crisis neoliberal estuvo asociada con resultados magros en la economía, el incremento de la desigualdad social y sobre todo con el aumento de la pobreza. Así, el resultado se expresó en una fuerte crisis de legitimidad de las instituciones y de las orientaciones políticas neoliberales.

Las orientaciones neodesarrollistas fueron más porosas y variables que las neoliberales. Un fenómeno que sobresale es que estas experiencias se construyeron mirando y reflexionando sobre las experiencias nacional-populares del pasado y, sobre todo, en relación con los líderes políticos y sociales de la primera generación populista que se iniciara con la Revolución mexicana. Las sombras de Zapata, Lechín, Perón, Vargas, Castro e incluso de líderes indígenas como Túpac Katari, entre otros, estuvieron presentes en la construcción del liderazgo carismático neodesarrollista.

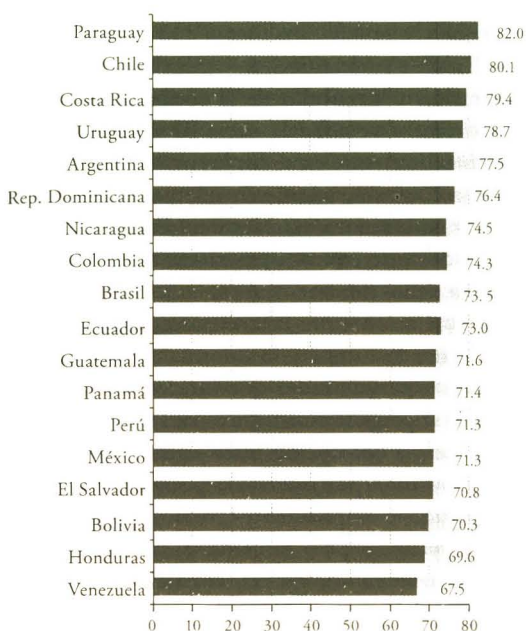
Vale la pena mencionar algunas referencias fundamentales al respecto. Por una parte, una visión social crítica y disconforme pero generalizada contra el crecimiento de la desigualdad social. Así, por ejemplo, más allá de los datos mencionados páginas atrás, en 2010, sólo 21% de los latinoamericanos consideraba justa la distribución de la riqueza (*Informe Latinobarómetro*, 2010, p. 19).

Por otra parte, es fácilmente reconocible una demanda popular sostenible para que el Estado cumpla un papel central en la economía y en la sociedad tanto para políticas de integración social, como creación de empleo y beneficios sociales, como para la incorporación en los sistemas de consumo propios de la sociedad de la información y la comunicación.

El índice 2010 de estatismo por países, elaborado por LAPOP, que se presenta a continuación, está compuesto

por promedios en la preferencia de los ciudadanos por un papel protagónico del Estado en cuatro áreas de la economía: propiedad de las empresas más importantes, asegurar bienestar, crear empleo y reducir desigualdad (véase gráfica 1.2).

GRÁFICA 1.2. *Promedios comparados del índice de estatismo. Países seleccionados de América Latina, 2010*



95% Intervalo de confianza (efecto de diseño incorporado)

FUENTE: LAPOP (2010), Barómetro de las Américas, disponible en <[www.lapopsurveys.org](http://www.lapopsurveys.org)>.

La conclusión es evidente con respecto a la demanda hegemónica por un papel fundamental del Estado en la economía y en la sociedad. De igual modo, en el estudio sobre la protesta social realizado en 17 países de la región, se concluye que el Estado era el principal interlocutor de la gran mayoría de los conflictos sociales en la región registrados entre 2009 y 2010 (Calderón, 2012). Estos datos reflejan la importancia que tiene el Estado para los latinoamericanos.

Paradójicamente, parece que una de las razones para esta demanda se asocia cabalmente con la debilidad de los propios Estados para enfrentar y solucionar las demandas de integración y desarrollo de la sociedad, pero también con la extrema desconfianza hacia las élites económicas y políticas prácticamente en todos los países.

En este contexto, adquieren relevancia algunos mecanismos parainstitucionales, como mediadores entre sociedad y Estado, que contribuyen a fortalecer la dimensión personalista de los liderazgos. Ante la debilidad de las instituciones, la relación entre Estado y organizaciones sociales se mueve entre lo formal y lo informal, adoptan rasgos de clientelismo y personalismo que inciden en las relaciones cotidianas e impregnan anomalías a las instituciones formales y permiten la corrupción. Esta legitimidad de la informalidad provocada por fracasadas políticas socioeconómicas en el pasado es ampliamente favorable para una relación carismática fecunda, pero limitada, entre líder y sociedad.

Y así, la debilidad de generar condiciones de vida satisfactorias para las personas contribuyó de manera decisiva a la demanda e instalación de líderes carismáticos con rasgos populistas.

En este contexto, es posible concluir que este tipo de procesos es el que posibilitó la presencia de esta forma de domi-

nación carismática. La identificación del líder con el pueblo es un dato central del fenómeno del carisma latinoamericano. El líder, tanto por su origen cuanto por su imagen y su dramática y complicada trayectoria para construirse como símbolo del pueblo, necesita identificarse como un miembro más del pueblo. Se crea así una unidad afectiva inseparable de la idea del “nosotros pueblo”. El líder es el pueblo porque es parte de él, es el pueblo en sí mismo; vive y puede sacrificarse por él. Existe de esta manera una reificación del pueblo que se materializa en la imagen del líder o de la lideresa.

El proceso de cambio es una razón de vida. La razón carismática, como decía Weber, es la epifanía en sí misma.

En este sentido, la asociación entre carisma y sociedad en América Latina constituye un rasgo fundamental para comprender estas experiencias neopopulistas. Empero, ellas suceden cuando se experimentan estructuralmente plataformas institucionales débiles, cuando los procesos de integración social y cohesión nacional son limitados, la inseguridad ciudadana es generalizada y cuando la frustración de expectativas es muy alta. Sin embargo, más allá de su compromiso con la democracia social, es importante mencionar que ninguno de los líderes carismáticos, ni siquiera en los momentos más eufóricos de sus carreras políticas, negó o cuestionó la democracia electoral. Ella constituyó una referencia fundamental de su legitimidad carismática.

Por otro lado, la sociedad de la información y la comunicación ha transformado el tipo de acción de los líderes carismáticos. Las nuevas demandas de la comunidad, como también las nuevas formas de acción del liderazgo, se dan cada vez más a través de la red y de múltiples mecanismos de intercomunicación, y allí las interacciones tienden a multiplicarse. El líder ya no sólo actúa en la plaza pública,

sino también en la plaza mediática en múltiples y diversos espacios públicos de comunicación.

Vale la pena mencionar que la crisis del neodesarrollismo es inseparable, no sólo de las condiciones socioeconómicas nacionales y globales, sino muy particularmente con la suerte que experimentaron y experimentan estos líderes carismáticos. Su desaparición por diversas razones (la muerte de Chávez y Kirchner, la no reelección de Correa o Lula y las enfermedades, entre otras) afectaron las capacidades de agencia de los procesos neodesarrollistas y constituyen un hecho fundamental para la explicación de la crisis de estas orientaciones políticas del desarrollo y la democracia (Calderón y Moreno, 2013).

#### EL MODELO NEODESARROLLISTA Y LA NUEVA GLOBALIZACIÓN: CHINA Y EL SUR GLOBAL

El ascenso de China a una posición preeminente en la nueva economía mundial generó un mercado enorme para las exportaciones que aún caracterizan a la mayor parte de la región: productos agrícolas, *commodities* de materias primas y energía. Cuanto más importa China, e invierte en América Latina y el resto del sur, más se induce el crecimiento económico en el sur global, que se vuelve un mercado en expansión en sí mismo. América Latina sacó ventaja de la bonanza en los precios de los *commodities* vinculados con la explosión de la demanda en China, India y otros grandes mercados, para modernizar su sector primario usando nuevas tecnologías, tanto en información y agricultura genética, como en nuevos conocimientos y en nuevas estrategias comerciales. Nació un nuevo modelo, que hemos denominado “extracti-

vismo informacional”. Si bien el “informacionalismo” no transformó el sistema productivo completamente, sí transformó la producción de soja, los productos de carne, la energía y el gas, y los metales raros (como el litio en Chile, Argentina y, más recientemente, Bolivia), incrementando la calidad y la productividad en un círculo virtuoso de crecimiento económico. Sin embargo, el éxito del neodesarrollismo se afirmó sobre dos premisas que pronto revelarían su fragilidad: que la demanda global por los *commodities* continuaría creciendo y que sus precios se mantendrían altos. El Estado, reclamando su legitimidad por las políticas redistributivas, podría mantenerse sin oposición gracias a una sociedad activa, crecientemente informada, con el aumento de un fuerte consumo.

#### LA CRISIS DEL NEODESARROLLISMO

La incapacidad de casi todos los países de vincularse en una transformación informacional plena de su economía y sociedad, por ejemplo, en investigación, educación superior, políticas de innovación, dejaron que el patrón de crecimiento de la economía continuara siendo dependiente casi por completo de las exportaciones del sector extractivo. Tan pronto como el crecimiento de China se ralentizó y cayeron los precios de los *commodities*, las economías latinoamericanas mostraron su vulnerabilidad a las fluctuaciones de la economía global. Incluso Brasil, la economía más diversificada, no tuvo suficiente capacidad basada en conocimiento para cambiar sus exportaciones y dar un alto valor agregado a sus bienes y servicios. Mientras que América Latina aprendió en buena medida a gestionar la volatilidad financiera,

no ha podido hacer lo mismo con la volatilidad del comercio. Como resultado, la economía argentina, por ejemplo, cayó 2,5% en términos reales en 2014, y lo mismo ocurrió con Brasil en 2015 (-3,5%), mientras que la tasa de crecimiento se redujo notablemente, con la excepción de Bolivia y Perú, a lo largo de la región. El año 2015 se proyectó como el primero del siglo XXI en el cual la economía latinoamericana no crecería. Mientras que los gobiernos continuaron por algún tiempo con un elevado nivel de gasto público (fundamental para la estabilidad social), la renovada amenaza de la inflación, como gasto que supera el crecimiento económico, los forzó a imponer políticas de austeridad, particularmente a Dilma Rousseff en Brasil, en 2014. Esto socavó la popularidad del gobierno en Brasil, Venezuela y, en alguna medida, en Bolivia y Argentina; incluso los gobiernos neopopulistas mantuvieron el triunfo electoral, aunque cada vez con menor margen y legitimidad.

Más aún, el modelo de desarrollo del neodesarrollismo se basó en el crecimiento económico y la redistribución a toda costa, focalizándose en el avance de las fuerzas productivas y en la mejora de las condiciones materiales de vida de la población, especialmente de los más pobres. Este modelo productivista negó los costos ambientales y sociales que venían con él. Enormes áreas metropolitanas se volvieron un hábitat poco hospitalario para la mayor parte de la población, con tasas de urbanización superiores a 75% de la población en la mayoría de los países. Las condiciones de vivienda, transporte, entretenimiento urbano, contaminación, habitabilidad medioambiental, se deterioraron rápidamente. Mientras las medidas de desarrollo humano tradicionales (salud, educación, ingresos) mejoraron, un modelo de “desarrollo inhumano” afectó negativamente la calidad de vida de la mayoría de la pobla-

ción. La economía criminal, una violencia salvaje, la delincuencia “pervasiva”<sup>3</sup> y el terror provocado por pandillas se volvió el problema más significativo de la vida cotidiana en cada uno de los países. Los medios contribuyeron al pánico exponiendo las amenazas atroces a la vida cotidiana de ciudadanos comunes. La corrupción de la policía contribuyó a “construir” un sentido compartido de indefensión.

Al mismo tiempo, la consolidación de regímenes estatistas, controlados por un partido poderoso, evolucionó hacia un Estado patrimonial-corporativo, en el cual el acceso a las empresas públicas se volvió una fuente de fondos, influencia y poder para los movimientos neopopulistas, y llevó a una corrupción generalizada en el sistema político, casi en todos los países. La tradición de transparencia de las políticas democráticas chilenas fue cuestionada, incluyendo redes de corrupción tanto entre los políticos conservadores como entre aquellos de la Nueva Mayoría (ex Concertación), alcanzando incluso a la familia de la presidenta Bachelet, una personalidad moral fuera de toda duda.

Más aún, los poderes extensivos del Estado en varios países se reforzaron con estrategias represivas desde la policía política (a veces ayudada por asesores extranjeros) derivó en una presencia burocrática que penetró toda la sociedad. Las nuevas generaciones de jóvenes, que crecieron en democracia y fueron educados, informados y adquirieron la capacidad de comunicarse a través de la internet, resintieron la abrumadora presencia de un Estado patrimonialista. El estatismo no pudo ahogar las demandas éticas y de libertad de varios movimientos de jóvenes.

<sup>3</sup> Castellización de la voz inglesa *pervasive*, traducible, en relación con una influencia no deseada, como aquello que se extiende ampliamente en un área o grupo de personas.

En efecto, la desconfianza en las instituciones es elevada en todos los países de la región. En 2016, la proporción de personas que desconfía tanto de las instituciones políticas como del Estado es de al menos 63% en todos los países, salvo en Uruguay, donde el porcentaje desciende a 51% (CEPAL, 2018).

La convergencia de la crítica del desarrollo inhumano, la denuncia de la corrupción estatal y política y el empeoramiento de las condiciones de vida por el impacto del estancamiento económico y las políticas de austeridad, desencadenaron el surgimiento de movimientos sociales en varios países, particularmente en Brasil, Venezuela, Nicaragua, Chile y México. Estos movimientos desafiaron directamente a los regímenes políticos y sus políticas, focalizándose en las demandas de formas alternativas de representación política.

Originalmente, estos movimientos, por ejemplo, en Brasil en 2013, eran espontáneos y eran representados por la población más joven con el proyecto de una sociedad mejor. Sin embargo, enseguida se les unió la movilización de sectores medios preocupados por la pérdida de sus beneficios, como en Venezuela o Brasil en 2015. Las sociedades se fracturaron y la legitimidad del neodesarrollismo y su agencia, el estatismo, se disipó gradualmente.

#### MOVILIZACIONES Y PROTESTAS DE LAS NUEVAS CLASES MEDIAS

Un hecho que adquirió importancia política y cultural significativa en el segundo decenio del siglo XXI es el dinamismo, en buena parte de los países del continente, de protestas y movilizaciones de las clases medias y, en particular, de las

nuevas clases medias, resultado de los procesos de cambio que tuvieron lugar bajo los regímenes neodesarrollistas, pero también en el caso de gobiernos con orientaciones neoliberales y conservadoras, como en el Perú.

Las clases medias se complejizaron e incrementaron en el periodo 2000-2018. Durante estos años, aumentaron los precios de los bienes primarios y el Estado pudo impulsar políticas distributivas que mejoraron los ingresos de la población. Esto, asociado a la fuerza e importancia de transformaciones en la tecnosociabilidad cotidiana y en varios casos en la participación ciudadana, cambió la subjetividad de estos sectores. En el Latinobarómetro de 2018 se muestran tendencias que ilustran dicha complejidad; en este sentido, destaca la relación entre autclasificación de las personas como integrantes de la clase media y legitimidad de la democracia: la primera incide positivamente sobre la segunda. Según los expertos del Latinobarómetro, las clases medias de Uruguay, Ecuador, Costa Rica y Bolivia, con indicadores de autoidentificación de 50% los dos primeros y 49% los dos segundos, serían un pilar de la democracia en sus países. Asimismo, los países con menor autoidentificación con las clases medias serían Nicaragua, Brasil, Honduras y Venezuela, donde quienes se autorreconocen como pertenecientes a esos sectores oscilarían entre 20% y 30% de la población. En estos países, la legitimidad de la democracia sería más baja. Por otra parte, un dato curioso es que Argentina y Chile, países referentes por la importancia histórica de sus clases medias con aproximadamente un tercio de su población objetivamente perteneciente a esos sectores, disminuyeron su autoidentificación de "clase". De esta manera, queda en evidencia que las clases medias no sólo están vinculadas a los ingresos, sino también a las subjetividades y prácticas ciudadanas.

Un asunto fundamental vinculado a este nuevo dinamismo de las clases medias fue la reducción del número de pobres en todo el continente, particularmente, dada su magnitud, en Brasil. Ello implicó cambios en el modo de vida y el consumo, en la educación y la salud. Sin embargo, también generó expectativas y una sobreideologización política que identificó a las nuevas clases medias con el progreso social y la democracia.

Más adelante, con la baja de la demanda y de los precios de los productos primarios y los efectos de la crisis global, se experimentó no sólo una contracción económica, sino una reducción de los ingresos y de las políticas de distribución social. Ello generó un fuerte malestar colectivo, particularmente en estos nuevos sectores medios. Una suerte de frustración de expectativas se posicionó en el centro político de los diferentes países latinoamericanos. Si a esto se agregan los escándalos por corrupción y la crisis de legitimidad del Estado y del sistema político, son comprensibles las movilizaciones y protestas de estos sectores medios y su variado impacto sobre los procesos electorales.

La dinámica de las movilizaciones y protestas no fue homogénea y dependió más bien de cada situación política nacional particular.

Así, por ejemplo, en Brasil, las movilizaciones posteriores a los denominados movimientos de “*passé livre*” (2013), de carácter más progresista, se desarrollaron y expandieron como una serie de manifestaciones críticas hacia el régimen neodesarrollista liderado por el PT, que de manera creciente desempeñaron un papel importante en el triunfo de Bolsonaro, no tanto por el apoyo al candidato, sino por la crítica y el malestar con el gobierno de Dilma Rousseff y el PT. La cuestión es saber por qué estos grupos cambiaron de

actitud frente al PT. Entre los factores que hipotéticamente pudieron influir están la manipulación de las redes sociales por parte de grupos conservadores o críticos del PT, particularmente en las principales metrópolis —como Río de Janeiro y São Paulo— y en los estados del sur, así como la deteriorada imagen de los partidos políticos no ajenos a una cultura de corrupción, los medios de comunicación tradicionales, los servicios de inteligencia y una dinámica psicológica envolvente de las movilizaciones. En la coyuntura electoral, primó la imagen de que todos perdieron menos los que manipularon el poder y habrían generado corrupción. Como afirma Marco Aurélio Nogueira, en gran medida el antipetismo permitió la victoria de Bolsonaro.

La cuestión, sin embargo, parece más compleja, pues los éxitos de movilidad social experimentados por el “modelo lulista”, en peligro de retrotraerse bajo la crisis económica, y la pérdida de legitimidad del sistema político institucional en los diversos sectores sociales, en especial en los sectores medios, parecen ser factores adicionales que explican la frustración y la nueva realidad política brasileña (Fundacao Astrojildo, 2015).<sup>4</sup>

En el caso de Nicaragua, el anuncio de la reforma del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social (INSS), que aumentaba las contribuciones de empleados y empresas e imponía 5% de retenciones a los jubilados, fue el detonante que creció rápidamente y generó un enorme descontento social y una tremenda espiral de violencia que culminó con muchos muertos, heridos y presos. Estudiantes, jubilados, sectores medios, empresarios, ONG, Iglesia católica y otros sectores, sobre todo en Managua y León, fueron los prota-

<sup>4</sup> Véase <<http://www.fundacaoastrojildo.com.br/2015/revista-pd3/>>.

gonistas de las protestas. Las movilizaciones fueron apoyadas por los medios y por varios gobiernos de la región y generaron un clima de malestar y crítica hacia un poder crecientemente ilegítimo. El país vivió bajo un Estado represivo y autoritario en un oscuro escenario aparentemente sin salida que, entre otras consecuencias, motiva más migraciones (*The New York Times*, 2018).<sup>5</sup>

En Bolivia, la situación es particular, dado que los niveles de crecimiento y de distribución se mantuvieron positivos: en 2019, Bolivia fue la economía sudamericana que más creció. La cuestión en este caso es más político-institucional e ideológica. La no aceptación por parte del gobierno de los resultados negativos del plebiscito del 21 de febrero de 2016 y la gestión de nuevas salidas institucionales que viabilizaran la candidatura de Evo Morales, generaron rechazo especialmente entre los sectores medios y altos urbanos de las áreas metropolitanas de Santa Cruz, Cochabamba y La Paz. Una importante movilización en redes sociales impulsada por jóvenes de clase media redefinió el juego político boliviano, sobre todo respecto de las elecciones presidenciales.

Vale la pena destacar que las diferencias étnicas tuvieron un efecto importante. El núcleo indígena rural continuó apoyando al gobierno, mientras que los sectores medios mestizos y blancos de las grandes metrópolis apoyaron a la oposición, centrada en la figura del historiador y comunicador Carlos Mesa y basada en una red informacional denominada Comunidad Ciudadana. Da la impresión de que la errada gestión política del MAS sobre el plebiscito hizo que, de manera similar a lo que ocurrió en Brasil, los nuevos

<sup>5</sup> Véase <<https://www.nytimes.com/2018/12/24/world/americas/nicaragua-protests-daniel-ortega.html>>.

sectores medios que apoyaron al gobierno del MAS en el pasado cuestionaran su legitimidad y terminaran sumándose a sectores opositores, algunos de los cuales parecieron querer reeditar un tipo de dominación conservadora y racista. El país entró en una lógica de polarización que tuvo consecuencias decisivas en la confrontación de las elecciones presidenciales (D. Moreno, 2018).<sup>6</sup>

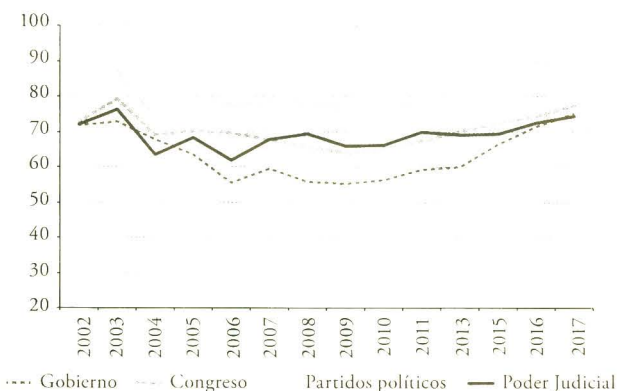
Si se retoman las conclusiones sobre la estratificación social analizadas en páginas anteriores, en este capítulo podemos pensar que las relaciones entre estratificación y subjetividad no son mecánicas ni directas: al menos en el corto plazo, no es posible aseverar que lo objetivo determinará lo subjetivo. Más bien, según lo analizado, las subjetividades de las clases medias parecerían ser un factor importante en el devenir de los escenarios políticos. La modernización no crea mecánicamente legitimidad; al contrario, en condiciones como las analizadas, puede provocar su propio cuestionamiento.

### LA TRIPLE CRISIS DE AMÉRICA LATINA

América Latina, en 2019, entró en un periodo de incertidumbre económica e inestabilidad política. La nueva estructura social formada durante el periodo de crecimiento de la década de 2000 dejó de corresponderse con los agentes políticos que llegaron al poder gracias a su lucha contra el neoliberalismo. América Latina, en un proceso de conflictos y contradicciones en las dos primeras décadas del siglo XXI, experimentó el ascenso y la crisis tanto del neo-

<sup>6</sup> Véase <<http://www.ciudadaniabolivia.org/es/node/813>>.

GRÁFICA 1.3 *Desconfianza en las instituciones.*  
*Total América Latina, 2002-2017 (en porcentajes)*



NOTA: Suma de respuestas "poca + ninguna confianza".

FUENTE: Elaboración propia sobre la base de datos del Latinobarómetro.

liberalismo como del neodesarrollismo, sumiéndose en una crisis multidimensional.

Por tanto, son tres crisis concatenadas las que transformaron a América Latina: crisis del neoliberalismo, crisis del neodesarrollismo y crisis de legitimidad política e institucional producto del fracaso de ambos modelos.

El neoliberalismo exacerbó la desigualdad (que no fue reparada aunque sí aliviada por el neodesarrollismo) y, por su parte, el neodesarrollismo exacerbó el estatismo y, por tanto, la corrupción, porque las expresiones de intereses se desviaron del mercado al Estado. La crisis de legitimidad resultante afectó al sistema político y se extendió a las instituciones, induciendo conflictos permanentes entre grupos de poder,

utilizando a los jueces y a los medios de comunicación para combatirlos entre ellos. La ausencia de mecanismos de agregación de intereses y negociación institucionalizada condujo a una crisis multidimensional.

La crisis no es esencialmente económica, gracias a la inserción dinámica en la globalización, ni social, puesto que en la mayoría de los países se han reducido la pobreza, la pobreza extrema e inclusive la desigualdad. Es una crisis de valores y una crisis de confianza generalizada, que lleva al conflicto sórdido y permanente entre actores, a la ruptura de cualquier consenso y a la ausencia de reglas de juego compartidas.

Asimismo, la ósmosis entre la lógica de instituciones en crisis y la lógica de la economía criminal rampante incrementa la incertidumbre. La penetración del Estado por el narco emerge en el ámbito nacional, pero sobre todo regional y local, y no sólo en México o Colombia o Perú, sino también en Brasil, Venezuela y América Central, con la excepción de Costa Rica.

Y así es como, sobre la base de esta trama social común, se superponen en la diversidad de situaciones nacionales un conjunto de transformaciones multiculturales, de cambios en el espacio público y de la comunicación. Sin embargo, es en el sistema político y en el Estado donde se concentra la crisis y donde los conflictos de la nueva realidad latinoamericana se hacen más evidentes.